

César Cansino (coordinador), *Gobiernos y partidos en América Latina, México*, Centro de Estudios de Política Comparada, 1997, 238 pp.

Por Massimo Modonesi

Los ensayos reunidos en esta obra colectiva, coordinada por el politólogo César Cansino, giran alrededor de la problemática del "gobierno de partido". El volumen está conformado por una introducción, un ensayo preliminar y uno conclusivo del politólogo mexicano, y por tres estudios de María Amparo Casar, Raquel Meneguello y Manuel Rojas Bolanos sobre los casos de México, Brasil y Costa Rica, países cuyas democracias son consideradas en transición, en consolidación y estable, respectivamente. Todos los trabajos parten de una propuesta metodológica avanzada por Cansino, quien sugiere abordar dos dimensiones principales del problema: la naturaleza de la clase política y el papel de los partidos de gobierno en el proceso de toma de decisiones.

En el ensayo introductorio Cansino plantea la idea del gobierno de partido como "forma de gobierno específica" y, a partir de ésta, trata de determinar el "grado de partidismo" en los gobiernos latinoamericanos. El "gobierno de partido", o sea, la función de los partidos como actores de gobierno, se medirá por la presencia en el poder Ejecutivo de hombres cuya carrera y designación dependen de los partidos, y por la influencia de éstos y de sus programas en el proceso de toma de decisiones.

Este modelo, derivado de la experiencia parlamentaria europea, no corresponde a la realidad latinoamericana. Efectivamente los distintos ensayos evidencian una supremacía del Ejecutivo sobre los partidos. Los gobiernos de la región se caracterizan por altos niveles de autonomía frente a las organizaciones políticas que los sostienen, mientras que éstas dependen fuertemente de los primeros, limitándose a presiones "clientelares", o a alguna influencia indirecta que les permite alterar mínimamente las políticas y la formación de los gabinetes.

En sus conclusiones, Cansino afirma que es imposible hablar de gobiernos de partido en América Latina a causa de varios factores: la formación de Estados nacionales con fuertes elementos predemocráticos y autoritarios, el presidencialismo, la personalización de la política, el clientelismo..., toda una cultura política. Los partidos latinoamericanos parecen entonces maquinarias electorales más que instrumentos de gobierno, carecen de sólidas bases ideológicas y programá-

ticas y de niveles de organización elevados. En su opinión, a diferencia de los partidos europeos, los partidos latinoamericanos no equilibran el peso de la burocracia y la tecnocracia, núcleos reales del poder político en la región. La realidad latinoamericana muestra una centralización del poder político en la administración pública, que se expresa en términos de identificación de los problemas y monopolio de la iniciativa, de la adopción y de la ejecución de las políticas.

Por otra parte, Cansino asume que el grado de partidismo corresponde al grado de democraticidad, medido por la duración del régimen democrático, la institucionalidad de los partidos, la competitividad del sistema de partidos y el establecimiento de rutinas en el funcionamiento del Estado. Sostiene el autor, "la afirmación política parece ser una condición indispensable para asegurar la institucionalización definitiva de las democracias latinoamericanas".

Este libro parte de una preocupación legítima: los partidos, vehículos y sustento del crecimiento de la participación de las masas, sufren hoy día una profunda crisis. El paradigma del partido de masa, que es el instrumento político de las clases subalternas, cedió el paso al partido de las élites, de las burocracias, instrumento de perpetuación en el poder de una minoría. A pesar de esto, Cansino considera que los partidos cumplen todavía funciones políticas fundamentales: garantizan el vínculo sociedad-Estado y cierto "universalismo en la representación de los intereses sociales". Según el autor, "la consolidación democrática en la región no sólo supone el reforzamiento de la sociedad civil para poder resistir a las tentaciones autoritarias, sino también una recomposición efectiva de la autonomía de la comunidad política —principalmente los partidos— respecto al Estado".

Más allá de estas intuiciones, el fundador del Centro de Estudios de Política Comparada (CEPCOM) tiene el vicio de asimilar acríticamente la visión de la politología dominante europea (italiana en particular) y estadounidense. Su defensa de los partidos deriva de una concepción de procedimiento de la democracia, en la cual la competencia entre organismos políticos contrapuestos garantiza cierta alternativa y la rotación de la clase dirigente. Invoca por lo tanto partidos institucionalizados, "mecanismos de solución pacífica de los conflictos", "organismos de intermediación de interés". Esta visión deja de lado las recientes experiencias latinoamericanas, las cuales evidencian cómo, frente a determinadas correlaciones de fuerza, la formalidad democrática, más allá de su incuestionable valor, se puede transformar en un útil instrumento para legitimar una política económica contraria a los intereses de las mayorías. La separación entre economía y política está en la base de las actuales tendencias a la despolitización, al desencanto y al abstencionismo, elementos que cuestionan fuertemente la congruencia de las democracias de la región. Mientras desde abajo se elevan los reclamos para hacer efectivas las promesas de participación política, justicia

social y bienestar económico, la retórica de la institucionalización, de la gobernabilidad, se convierte, aunque sea por ingenuidad academicista, en el sustento ideológico de las actuales "democracias restringidas" y en el discurso de la conservación del actual sistema económico-social. Los "partidos-instituciones" responden a la necesidad de asegurar la gobernabilidad, sinónimo de control social, antes que la participación y la organización política, es decir son instrumentos de apuntalamiento de lo existente más que de democratización real.

En conclusión, a pesar del interés de este trabajo colectivo (que pone en relieve la problemática, sumamente importante y descuidada, de los partidos políticos), las tareas urgentes en América Latina se expresan más en términos de "agregación" de intereses, y de fuerzas, de la mayoría oprimida y explotada. Por lo tanto es imprescindible estudiar y revalorar a los partidos no sólo como actores de gobierno sino también, y sobretodo, como aglutinadores de fuerzas y de ideas, como formas organizativas del movimiento popular, hoy trágicamente fragmentando. Para contrarrestar las peligrosas derivaciones en las cuales se encuentran las democracias latinoamericanas, más que pensar en "gobiernos de partidos", en donde estos últimos sean meros instrumentos administrativos, hay que enfatizar la urgencia de construir "partidos de gobierno" que construyan desde abajo la legitimidad necesaria para impulsar sus proyectos políticos.